

Amelia GAMONEDA, ed. *Espectro de la analogía. Literatura & ciencia*. Madrid, Abada, 2015, 309 pp.



Resultado de la fructífera indagación sobre el «común lugar» —sintagma que da título a las páginas de Amelia Gamoneda, editora del libro, que sirven de prefacio al mismo— entre literatura y ciencia, *Espectro de la analogía* es reflejo del cuidadoso trabajo realizado por los miembros del equipo ILICIA, fundado al amparo del proyecto *Inscripciones literarias de la ciencia: ámbitos interdiscursivos, transferencias conceptuales y procesos semióticos*, y vinculado a la Universidad de Salamanca.

Los espectros son, como el anhelo, ruido y humo: *Schall und Rauch* del *Fausto* de Goethe, citado por Henri Poincaré en su correspondencia con Felix Klein, y a su vez por Francisco González Fernández en «El diccionario romántico de Poincaré», una atenta lectura que, partiendo del reconocimiento poiético de la matemática, estrecha sus lazos con la poesía y la traducción, abordando diversas metáforas en la configuración del mundo, e indagando en la relatividad del espacio en las ficciones sobre medida y proporción, o en las consideraciones sobre la convención del signo en sus parábolas, teniendo todas estas representaciones, en cuanto variaciones topológicas, la idea de traducción como común lugar: «Para Poincaré el verdadero matemático se reconoce en el espejo del poeta», y de ahí la importancia para el matemático tanto de la intuición como de la búsqueda consciente de la analogía. Sobre ambas entidades descansa «Resistencia y flexibilidad de la analogía. Modelos científicos, cognición y metáfora», de Amelia Gamoneda, cuyo monumental estudio muestra «que el agotamiento del papel de la analogía formal aristotélica en ciencia está en relación con el propio cuestionamiento de los modelos científicos», preguntándose por las relaciones existentes entre analogía y modelo, y analogía y metáfora. En el transcurso que media entre las concepciones historicista y modelística en filosofía de la ciencia, la noción de modelo ha atravesado tres fases «lingüísticas» (sintáctica, semántica, y pragmática), siendo en la fase pragmática donde el modelo se convierte en elemento transformador, ente autónomo con respecto a las nociones de teoría y proposición. Este mismo recorrido es el que experimentan la analogía (desde su sentido aristotélico de proporción) y la metáfora (en el caso de esta última, desde una visión sintáctica en su grado de agramaticalidad, hasta su comprensión como transgresión semántica o, ya con implicaciones pragmáticas, como resultado de la competencia lingüística del hablante) algo que otorga a ambas entidades, analogía y metáfora, el ser *instrumentos cognitivos*. Antes de llegar a esta apreciación de la

analogía desde tierras cognitivas, Amelia Gamoneda examina el divorcio que se da entre modelo y analogía, y que es fruto, según algunos autores, de la crisis del sistema «lingüístico» —adjetivo propuesto por Franck Varenne— arriba reseñado. Quizá el problema estuviera contenido en la idea misma de *proporción*, concepción sobre la que descansaban los pilares de la analogía aristotélica explicada como «A es a B como C es a D», y la crisis «lingüístico» no sea sino crisis de la sintáctica. Si *proporción* es el principio necesario para los desplazamientos que va a operar la semántica, en cuanto al significado, la pragmática, en cuanto a la doble proporción hablante-significado, es también el principio necesario para la reproductibilidad y, con ella, para la *simulación*, desafío para la proporción. Nacida del modelo, la simulación destruye el modelo y, con ello, a sí misma: «si la distancia puede ser reducida hasta hacer posible la sustitución del objeto real por su simulación, el modelo cesa de ser un modelo, y así pues la simulación también deja de serlo». Desde el centro de estas reflexiones, Amelia Gamoneda lanza una pregunta desgarradora —toda verdadera pregunta lo es—: «Así las cosas, ¿cómo puede ser común la intuición?». Imprevisible intuición, chinita en el zapato de la ciencia y de la comunicación, que es atravesada y superada por la metáfora, incógnito dominio del *común lugar* de la verdad.

«La razón vital de la semiótica» de Manuel González de Ávila estudia la tendencia vitalista de la semiótica, tal como se viene practicando en los últimos tiempos, y que conduce inevitablemente a la combinación de distintas disciplinas a la hora de abordar una teoría holística del sentido —dotada por tanto de la virtud de no estar irreversiblemente formalizada—, y a la falta de límites claros entre «el objetivismo y el subjetivismo, lo inteligible y lo sensible, lo concebido y lo vivido», entre ciencia y vivencia en definitiva, pues la raíz semiótica nace de la unión entre emoción y cognición. Esta fusión queda ejemplificada en el paso indivisible que media en la transformación de la *instancia perceptiva* —apoyada sobre la existencia de una necesaria confianza, y entregada a la asaltante presencia de las cosas del mundo, o su «inherencia»— en *sujeto semiótico* —entidad afectada por el estatuto de la intención y, por tanto, de la conciencia posicional del sujeto en el propio mundo que percibe—, y de ahí a la constitución de un *sujeto cognitivo* que se fusiona en uno *social* —ya totalmente transformadas las «valencias» en «valores» dentro de una «comunidad interpretativa»— y, finalmente, en *simbólico* —volviendo en cierto modo a sus orígenes patético-físico-afectivos—. Así, la semiótica —y junto con ella el sentido y las pasiones— atraviesa un estadio físico-químico y se aproxima, paulatinamente, a las ciencias del espíritu, demostrando González de Ávila, a la vez de una y varias maneras, y trasladándonos difíciles conceptos con la soltura que otorga el cultivado conocimiento, que no hay semiótica sin somática, hasta el punto de que, si se nos permite parangonar las ciencias sociales con los géneros literarios, podría hablarse de la raíz dramática de la semiótica. Esa misma «tensión entre physis y logos, entre naturaleza y cognición», provocada por el hecho de que en el poema «la irrupción y ruptura de lo *sensorial* es indistinguible de lo *intelectual*», es la que trazan las páginas de Pedro Serra en su «Neurobalística. “Fisiología de la composición” del poeta Paulo Henriques Britto», un ensayo brillante —algo que se muestra evidente desde las primeras líneas— pero también generoso —y no es esta una cualidad que ofrezcan siempre todos los textos brillantes— pues sugiere o abre territorios

impensados, con una atractiva mezcla de precisión y de abstracción, sin consumirlos, sellarlos, o apropiárselos para sí completamente. Nos adentramos en el inestable centro del poema «Biodiversidad» de Paulo Henriques Britto, libando en primer lugar de algunos términos indispensables —y de autores que también lo son, como Paul de Man o José Manuel Cuesta Abad— para convocar lo que Serra denomina el «trabajo de la analogía», afrontando una cuestión que, por otro lado, «se nos plantea como [...] *intratable*, en virtud de la consabida dificultad que supone *tratar* la cuestión de lo analógico utilizando el mismo lenguaje» y, finalmente, ya con un amplio recorrido a nuestras espaldas, volvemos a Paulo Henriques Britto para tocar el poema, *intratable animal* de «habla extraña» que habíamos ilusoriamente rodeado; animal que finalmente —quizá también ilusoriamente— nos asalta, con su sabor a sombra —la sombra sabe a tarde—, y el brillante esplendor de las epifanías: «modo crepuscular» y, a la vez, «instante epifánico», «discreta plenitud».

*Espectro de la analogía* se cierra —cierre que no es sólo físico, pues supone asimismo una cierta resistencia intelectual al propio volumen— con «Los estudios interdisciplinarios sobre Schnitzler y Freud. ¿Atrapados en la trampa de la analogía?», de Patricia Cifre Wibrow, un ensayo interesante en cuanto señala el abuso al que puede llegar el ejercicio interdisciplinar en su práctica de la búsqueda de la analogía, en su excesivo posicionamiento y por tanto en la consecutiva pérdida de verdadera interdiscursividad, aquí ejemplificado a través de la compleja relación entre Freud y Schnitzler con la literatura y el psicoanálisis respectivamente. El ejemplo le sirve a Cifre Wibrow también como contraejemplo, invirtiendo y desarticulando las relaciones dadas por la literatura existente sobre la relación de ambos autores y, a su vez, revisando los distintos acercamientos sobre la relación analógica entre literatura y psicoanálisis.

El conjunto de ensayos que constituye *Espectro de la analogía. Literatura & Ciencia* es, ante todo, verdadera reflexión sobre el pensamiento; vuelta de tuerca que concibe el pensamiento como, simultáneamente, una pulsión o movimiento hacia la analogía, deseado reconocimiento o confiada identificación, y una retracción o vuelta, cabizbajo retiro o ensimismamiento, que provoca la decepción del pensamiento ante lo mismo, ante sí mismo: todo pensamiento es, y de ahí su naturaleza espectral, «un bucle enfrascado en su repetición diferida», en palabras certeras de Amelia Gamoneda. No es de extrañar que aquello que con más anhelo se piensa o se desea se desvele como espectro mismo del pensamiento o del deseo. Y dado que pensar la analogía es pensarse el pensamiento, no existiría analogía sin el escalofrío del parecido, y «el sueño de la analogía produce espectros», continúa Gamoneda. Espectros que, en lugar de evitarse, van aquí a abrazarse, desde la conciencia de su inabarcabilidad, por los cinco autores que componen este libro. Pues proyectar en común lugar lo descomunal es, quizá, la única manera posible de abrazarlo y detenerlo.

Carlota FERNÁNDEZ-JÁUREGUI ROJAS

Universiteit van Amsterdam